

## ***SANTÍSIMA TRINIDAD***

### **Introducción a la celebración:**

Hemos comenzado en el nombre, misterio, de la Santísima Trinidad; nos hemos deseado que su misterio nos invada y penetre hasta lo hondo; lo hacemos siempre al inicio de la Eucaristía. Pero hoy nos paramos más en la contemplación y vivencia de este misterio.

Y nuestra Iglesia española asocia esta solemnidad con la **Jornada pro Orantibus**, por los orantes, los contemplativos. ¿Quiénes son – deben, tienen que ser – los orantes, contemplativos? ¿No somos todos los que estamos aquí, más allá de los monjes? Cualquiera hombre o mujer está llamado a abrirse al misterio envolvente de Dios, y ahí encuentra su expresión más auténtica. Por eso, vamos a realizar esta celebración, abriéndonos en silencio para escuchar la Palabra, como reza el slogan de esta Jornada, donde se nos entrega el misterio de Dios.

Antes seamos conscientes de nuestros obstáculos y resistencias, reconociéndonos pecadores.

Lecturas (domingo 18 mayo 2008):

**Ex 34, 4b-6.8-9**

**2 Co 14, 11-13**

**Juan 3, 16-18**

### **Homilía:**

¡Qué lenguaje más cercano y comprensible para manifestarnos Dios su misterio indecible! Dios amó – nos ama, porque es un acto eterno y por lo tanto actual a cualquier tiempo nuestro – Dios nos ama tanto que nos envía a su Hijo para que no perezca ninguno de los que lo acogen, creen en él. Y la afirmación más genérica: porque Dios no envió a su Hijo para juzgar, condenar, al mundo, sino para que el mundo se salve por él. En la primera lectura, ante Moisés Dios revela su nombre: es el compasivo, el misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad. A este Dios, pide Moisés que acompañe a su pueblo de cerviz dura. Esta Eucaristía, revelación suprema de Dios, es la señal de que Dios camina con nosotros, es nuestro viático, hasta el misterio total de Dios, que es nuestro propio misterio.

El misterio de Dios no se entiende sino desde el misterio del hombre; o quizá más exacto, el misterio del hombre no se entiende sino dentro del misterio de Dios. Dios Trinidad en la más perfecta unidad, uno y múltiple: nos ha dejado siempre en una oscuridad intelectual más allá de toda lógica. Pero aquí queda reflejado el misterio mismo del hombre, que es una tensión nunca resuelta entre individuo y humanidad, la afirmación personal y la necesidad de unión y comunión.

Se podría hacer una historia de la humanidad desde esta visión y también echar una mirada a nuestra humanidad actual: la tensión entre un deseo de unión, de confluencia y convergencia. También el miedo, el pánico, a que la multitud nos engulla y suprima nuestra individualidad y personalidad. Pero por otra parte, precisamente el individualismo atroz e irresponsable, que olvida y margina incluso a continentes enteros. La lucha que vemos en la humanidad se fragua en nuestro propio interior y crea

la lucha compleja, cuando no el quedarnos en uno de los dos extremos, en cerrazón egoísta exclusiva o en pura veleta abierta a todos los aires, o las dos cosas a la vez, creando el caos de una multitud de egoísmos, donde cada uno va a su bola.

Acojamos, desde aquí, la revelación del misterio de Dios, que hace camino con nosotros, y está presente y actual en cada instante y de una manera especial en esta celebración. Cuando contemplamos el misterio del Dios Uno y Trino, podemos sentir una llamada a afirmarnos a nosotros mismos y al mismo tiempo a afirmar al hermano. La fiesta de la Trinidad es una llamada a reconocer la pluralidad de nuestro mundo, del macro mundo y del mundo reducido donde nos vivimos. Pero al mismo tiempo también a trabajar para converger en la unidad y la comunión. Es la exhortación que hemos oído de Pablo: Alegraos, enmendaos, animaos; tened un mismo sentir y vivid en paz.

Toda la celebración, como hemos recordado al principio, está imbuida de este misterio de comunión, del uno hacia lo múltiple y de lo múltiple hacia la unidad. El don del Padre, con la fuerza del Espíritu, se nos entrega en Jesús, demostración de todo lo que ama al mundo, y a nosotros en concreto. En ese pan, cuerpo entregado, y vino, sangre y vida derramada, que vamos a presentar y a compartir, se nos ofrece el misterio íntimo de Dios, del Dios Unidad y Comunión. Es la fuente de donde nacemos y también la meta; por eso este misterio al mismo tiempo nos enrola y compromete para que nosotros vivamos y desarrollemos nuestra realidad más íntima, de personas que se realizan en la comunión y para la comunión.

Homilía de Agustín Romero, prior de Huerta